LAS/12

MIRADA DE MUJERES
EN PÁGINA/12
4 DE ABRIL DE 2003
AÑO 5 Nº 260

ANA MARIA BOVO, VIVIR PARA NARRAR

MUESTRAS: MODA ALEMANA DEL SIGLO XX

VUELVE MADAME BUTTERFLY



LA NENA ABUSADA QUE MATÓ A SU PADRASTRO

# el tiro después del silencio

# ciegos, sordos, mudos

Malena es el nombre de fantasía de la nena de once años que, según su propio testimonio, mató a su padrastro para evitar que siguiera abusando de ella. Malena es quien tuvo que defenderse sola de lo que nadie más pudo ver, escuchar o prevenir.

POR MARTA DILLON

Desde la ventana del comedor, Malena puede ver a los chicos que salen de su escuela y se desparraman por los caminos que cortan la llanura verde que rodea a Saladillo. La mayoría va en bicicleta, como solía hacerlo ella cuando tenía que recorrer tres kilómetros para volver a casa en un barrio sin nombre, "atrás de la Shell" como única referencia. Ya no volverá a recorrer esa línea recta que se hunde en barro después de las lluvias. Del otro lado del camino ya no hay casa para Malena. Dice su mamá que se muere de ganas de volver a la escuela, lo dice como si fuera obvio ese deseo, tal vez dando por supuesto que con la rutina recuperada se abrirá paso el olvido y ella dejará de ser la excepción de la que ya nadie habla en ese pueblo en el que, de una manera o de otra, todos se conocen. Malena espía desde la ventana esa breve conversación. Dentro de la casa de sus abuelos donde ahora vive se escucha el rumor de los cubiertos que se acomodan para el almuerzo. Tal vez la curiosidad la acercó hasta el visillo, tal vez la ansiedad porque lleguen de una vez esos peritos que la llenarán de preguntas y tests, pero que también pueden devolverle los paseos en la bici, el romance con su amigovio, la canciones de Bandana tarareadas al viento con sus amigas. Hace menos de una semana que Malena –que no se llama así aunque nadie se haya cuidado de pronunciar su nombre–, según su propio testimonio que convenció al juez y a cuantos lo escucharon, disparó sobre un hombre al que llamaba papá. "Acá vino papá a darte lo que te prometió", dijo ese hombre antes de que la única bala del arma que empuñó Malena entrara por su espalda y le destrozara el pulmón. Está en los papeles, eso fue lo que dijo el hombre, es lo que recuerda el comisario Oscar Piñero de esa declaración espontánea que la nena recitó en la comisaría. Y ella sabía perfectamente de qué se trataba esa promesa, el hombre que se hacía llamar papá le había anticipado los detalles y la pena que seguiría si se negaba. Que si no se la tragaba toda le iba a volar la cabeza, le había dicho. Los vecinos se avergüenzan de repetir lo que escucharon, pero lo hacen porque la frase había circulado en el barrio sin nombre y porque la arcada que produce la imagen es lo que justifica que una nena de once años que parecen menos, una preciosura según su maestra, haya podido hacer lo que hizo y después contarlo.

**Menos de** una semana después de que la noticia corriera de boca en boca mucho más rápido que por cualquier otro medio, en Saladillo ya no se habla del tema. Para el comisario y para el juez de menores Julio Bardi, éste es un caso cerrado. Para la maestra y la directora de la escuela "cada uno sabe cuál es su lugar" y por eso no hubo ningún comentario en las aulas. En los bares del centro, en las estaciones de servicio, las paradas de taxi, no creen que haya más que agregar al asunto. El periodista que conduce el noticiero de la televisión local, en cambio, dice que no puede seguir tocando el tema porque la "familia del muchacho es peligrosa como para seguir buscando ecos". Una sola duda nubla la claridad con que fueron expuestos los hechos: ¿habrá sido la madre quien usó de escudo a la hija? Pero hasta esa pregunta se disipa como la neblina cuando el sol está alto. Todo es lo suficientemente aberrante como para intentar olvidarlo lo más rápido posible. En definitiva, es lo mejor que se puede hacer por Malena. Además ahora todo el mundo parece saber perfectamente quién era el muerto. "Descendiente de turcos", llegan a decir por lo bajo, con el nuevo estereotipo del mal recién estrenado. Pero hasta el momento en que Malena decidió que ese tipo no volvería a tocarla, nadie supo qué hacer. "¿Qué voy a decir ahora? Ahora todos lloramos", dice la tía de la nena, la que la acompañó la noche del miércoles 26 de marzo a la comisaría. "La única que podía hacer la denuncia era la madre –se lamenta el comisario–, si vino alguna vez el hermano de la víctima, la verdad es que no me acuerdo. Pero aun así no podíamos actuar. ¿Porque quién toma el compromiso en ese caso? Nos ha tocado más de una vez que uno va y después se las ve en figuritas porque la mujer niega todo. Hay diez mil casos como éste en que las mujeres tienen miedo de hacer la denuncia. Y la verdad es que nosotros no estamos capacitados para ir más allá." En Saladillo hay un servicio de violencia familiar que funciona en el Municipio, pero el Municipio quedaba demasiado lejos para Sonia Molfino, la mamá de Malena. Hacía tiempo que el miedo la había paralizado, ni siquiera era capaz de entrar a la pieza de su hija cuando su marido se encerraba con ella y encendía la radio tan fuerte que todo lo que se escuchaba desde afuera era música. Maximiliano Bacre, el padrastro de Malena, estudió tres años en la Escuela de Mecánica de la Armada, antes de ser expulsado por abandonar una guardia. Curiosamente en ese mismo lugar, durante la dictadura, se encen-



PABLO PIOVANO

día la radio para tapar los gritos de los torturados.

–¿Qué hacés acá?, es tu hija la que está ahí adentro ¿por qué no entrás?", le preguntó, desesperada, una vecina.

–Porque él no me deja –contestó Sonia aterrorizada, tartamudeando, con el cigarrillo temblequeante entre los dedos. Seguramente, ella ya exhibía los síntomas del "síndrome de la mujer maltratada" tal como lo describe la autora Leonor Walker, un desorden similar al síndrome de estrés postraumático que se puede observar en quienes se han visto sometidos a situaciones de terror e indefensión.

"Lo único que yo te puedo decir es que lo que pasó es lo mejor que podía pasar. Porque podría haber terminado muerta Sonia, la nena, o cualquiera de nosotros." El hombre de ojos claros a quien llamaremos Juan, como la mayoría de los vecinos, prefiere no decir su nombre, aun cuando éste figure en el expediente judicial que se tramita en el Juzgado de Menores N° 1 de la provincia de Buenos Aires. El fue quien escuchó las últimas palabras de Maximiliano Bacre, nada memorable, como suele suceder en estos casos, apenas "agua" y "ambulancia". Con su último impulso vital, el hombre herido alcanzó a tomar el arma que Malena tiró sobre la cama antes de salir corriendo a refugiarse en la casa de los vecinos. Hasta ahí la persiguió y de ahí fue expulsado, sólo por proteger a las mujeres y los niños. El dueño de casa, Ariel, había sido su amigo desde hacía veinte años, desde antes que cumplieran diez. Pero hacía tiempo que nadie reconocía a Maxi. "El problema que él siempre tuvo –dice su amigo– era que quería ser más de lo que era. Andaba siempre cargando armas, mostrándolas. A veces se las ponía en la cabeza para hacerse el valiente. O calibraba la carabina en el fondo de la casa, acá nomás. Podría haber matado a cualquiera." Juan pasaba seguido por lo de Ariel, dice que le hubiera gustado ser periodista o abogado, que le gusta andar por ahí, conocer los problemas de la gente. El fue quien había quitado las balas del 32 corto de Maximiliano la última vez que montó la escena del suicidio. Para Juan era claro que no lo iba a hacer, "sólo estaba pidiendo ayuda. Y yo le dije clarito: Te estás convirtiendo en una miseria humana. Pero después yo aparecía como el metido, el que no entendía lo que pasaba entre ellos. Porque acá todo el mundo te dice lo mismo: cada casa es un mundo". Es cierto, lo dice la policía, las autoridades de la escuela, los conocidos de Maximiliano, incluso su madre, Sara. Esa frase es la que suele amparar a los golpeadores dentro de esas cuatro paredes que encierran a quien sufre violencia. Dentro de una familia en la que se registran relaciones de violencia y abuso, el afuera es visto como una amenaza. Para Sonia era así, dicen sus vecinos, "porque después los de afuera se iban y ella se quedaba sola con él". Pero el ciclo de la violencia seguía su curso. Después de los golpes que escuchaba todo el barrio, llegaba la reconciliación. Maximiliano se convertía entonces en el hombre que amaba a su mujer, que le cebaba mate en la vereda. El que paseaba a su familia –Sonia, su hija y el hijo que hacía un año y medio habían tenido juntos– en el mismo ciclomotor. Según los teóricos como Walker, la violencia familiar se caracteriza por dos factores: el carácter cíclico y la intensidad creciente. Primero se acumulan las tensiones, después cualquier cosa puede desatar la explosión de la violencia, más tarde llega "la luna de miel".

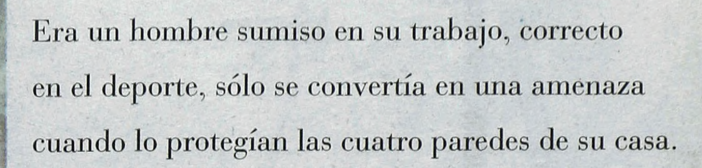
"¡Mamita, mamita, por favor!", se escuchaba en la cocina de Marisa el último domingo que vivió Maximiliano. Los gritos que llegaban de la casa de al lado eran insoportables. Y la vecina no aguantó más, ya estaba cansada de escuchar cómo le pegaban a Malena. Golpeó con la mano abierta sobre la mesa y decidió hacer algo. "¿Por qué le tenía que hacer eso a ella? Me metí en la casa de al lado y me tiré encima de él, le rompí toda la remera. Yo no le tenía miedo" Las marcas de los cinturonazos que Malena había recibido todavía estaban azules el día en que la nena llegó a la comisaría para declarar que había disparado sobre su padrastro. Ese domingo salió a la superficie lo que se había estado acumulando como una infección dentro de la casa de Sonia y Maximiliano. El 32 corto estaba sobre la mesa, Sonia había amenazado con matarse, su marido también. La nena ya no lloraba, estaba en su pieza abrazada a sus rodillas. El que lloraba era el padrastro. A la una de la mañana llamó a su madre y a un amigo, el padrino de su hijo. Quería testigos que pudieran estar de su parte. Marisa tuvo un ataque de nervios después de haber intentado detener la golpiza. Sonia sólo atinaba a cebar mate cuando todavía se sentían los estertores de la violencia. Todos los que estuvieron allí esa noche escucharon a Maximiliano decir que Sonia quería "mandarlo en cana por violador". El se lamentaba, decía que era el único que se preocupaba por Malena, que la nena había confesado que un compañerito la había toqueteado y que ahora lo querían acusar a él. Esa noche Sonia admitió ante sus vecinos que era verdad, que eso era lo que había dicho su hija. Nadie le creyó. En el barrio todos sabían lo que estaba pasando pero no cómo in-

**Hacía tiempo que el miedo había paralizado a la mamá de Malena, ni siquiera era capaz de entrar a la pieza de su hija cuando su marido se encerraba con ella y encendía la radio tan fuerte que todo lo que se escuchaba desde afuera era música.**



PABLO PIOVANO

LOS VECINOS, MARISA Y ARIEL.



Era un hombre sumiso en su trabajo, correcto en el deporte, sólo se convertía en una amenaza cuando lo protegían las cuatro paredes de su casa.



Sara, la madre de Maximiliano, abrazada a los trofeos de su hijo.



MAXIMILIANO BACRE CON SU UNIFORME DE MARINO.

tervenir. "En cuanto escuché la voz del Maxi en el teléfono le pregunté qué cagada se había mandado, porque mi hijo era un poco violentito", dice Sara después de haber sobreactuado su dolor frente a la cronista. "Ahí había un supuesto amigo de mi hijo que le decía que se fuera con él, pero yo le dije ¿cómo que te vas a ir, para qué te regalé una casa? Era ella la que se tenía que ir. A mí mi marido también me pegaba, pero por eso me fui con el Maxi de cinco meses adentro de la panza. Yo tuve tres hijos de jovencita, era del campo y me casé a los quince. Pero me fui y con ellos somos como hermanos porque siempre estuvimos todos con mi mami". Sin duda Sara está sufriendo, más allá de su puesta en escena. Si ella sobrevivió a la violencia familiar fue aprendiendo sus mandatos. Para ella la culpa no es del que golpea sino de la que se queda a aguantar. Sara es a quien más temen las vecinas de Sonia, la que las obliga a mentir su nombre. "Si el otro día persiguió a su segundo marido con un cuchillo, nos tiene amenazados a todos", dice Marisa, la única confidente de Malena, la que atinó a defenderla cuando la explosión de su padrastro la hizo pedir por una madre tan aterrada como ella. "Esa noche le dije a mi hijo que en todo caso fuéramos al hospital a que le pongan un tranquilizante, pero él me dijo que ya estaba bien, que ya se había desahogado".

**Maximiliano Bacre** tenía 29 años. Había conocido a su padre hacía sólo cuatro, cuando salió campeón de la liga regional bonaerense de boxeo amateur. Antes lo había cruzado más de una vez en el pueblo, Omar Bacre es una persona conocida, igual que el resto de su familia. Dicen en Saladillo que siempre arreglaron sus asuntos familiares a los tiros. Que el padre de Omar mató a su hermano y que la tradición los condena a la violencia. Mario Matoso, el entrenador de Maximiliano, lo recuerda como un chico correcto, muy sufrido. La historia de su vida parece calcada de un manual que describe el perfil del hombre violento, aun a riesgo de caer en los estereotipos. "Yo quiero salvar al deporte, porque incluso para él era una contención. Ni siquiera era de esos que se hacían los boxeadores en los bailes. Nunca se peleaba en la calle." Maxi había dejado de entrenar hacía diez meses más o menos. El mismo tiempo que hacía que había conseguido un trabajo estable después de toda una vida de changas. "Eso lo desestabilizó –cuenta su amigo Ariel– porque tenía muchas responsabilidades, pasaba mucho tiempo fuera de la casa. Y le tenían confianza en el trabajo, era como un encargado de una fábrica nueva que exportaba caracoles." Era un hombre sumiso en su trabajo, correcto en el deporte, sólo se convertía en una amenaza cuando lo protegían las cuatro paredes de su casa. Dicen los especialistas que los ciclos de la violencia suelen acelerarse por eventos circunstanciales, propios de las diferentes etapas de la vida. El nacimiento de su hijo, el nuevo trabajo, que la hija de Sonia tuviera novio, cualquiera de esas cosas puede haber servido para acelerar los tiempos, para que las explosiones se convirtieran en una seguidilla que ninguna luna de miel alcanzaba a borrar. Había demasiados síntomas en esa familia como para predecir el riesgo que nadie pudo evitar. "Después hablan de asistencia social –se queja Juan–, pero se creen que asistencia es un bolsón de comida, Eso es lo que hay que decir, que acá no hubo asistencia."

**La directora** de la Escuela Nº 3 de Saladillo, Regina Hansen, insiste en que ni ella ni la maestra son "ciegas, sordas y mudas". Pero tampoco pueden saber todo lo que pasa en cada casa, cada casa es un mundo. "Nosotras nos ocupamos de los chicos en la escuela y afuera, hasta la esquina, después no podemos adivinar". Pero el lunes a la mañana, cuando Malena rengueaba un poco por los golpes que nadie vio, recibió la visita de Sara. Se conocían porque la madre de Maximiliano hace tareas de maestranza en el edificio donde funciona la supervisión escolar. "Yo le fui a avisar que mi hijo estaba un poco alteradito, le dije que tuviera cuidado pero que había un chico de 15 que se estaba abusando de Malena". Según Sara, Regina le dijo que se quedara tranquila que nada de eso sucedía en su escuela. Que más tarde habló con su nuera, Sonia, y ésta se angustió cuando escuchó que había hablado con la directora de la escuela. "¿Por qué no se fue antes? ¿Por qué no llevó a su hija a vivir con los abuelos en vez de dejarla en su casa?" Sara insiste en que no puede haber sido una nena de once años la que mató a "mi turco". Cree que le tendieron una trampa. Es verdad, Malena declaró que le tendió una trampa. Dice que puso en su cama una almohada y una mochila para simular que estaba acostada y que le disparó por la espalda en cuanto lo vio entrar dispuesto a cumplir lo prometido. ¿De dónde sacó la bala que le perforó el pulmón a su padrastro? Los vecinos no lo pueden explicar, y la verdad es que tampoco interesa demasiado. Seguramente quedó una cuando la descargaron, creen, es una suerte que haya sido solo una y tan certera. En la única comisaría de Saladillo nadie se sorprendió cuando llegó la nena a declararse culpable. "Es que ya no daba para más interrogar a la madre, ella insistía en que no había sido", dice el comisario. Y en la casa no había nadie más. El mejor amigo de Maximiliano asegura que la tarde del miércoles, antes de que todo terminara, las cosas en la casa del barrio sin nombre estaban tranquilas, "tranquilísimas". Tanto como parecen estar ahora, después de que una nena de once años a la que le encantaba mirar en la tele "Rincón de luz" decidiera buscar el alivio para su tortura por sus propios medios. Nadie duda de que hizo lo que tenía que hacer. Ahora, para proteger a la nena, dicen en Saladillo, es mejor volver a guardar silencio.

FOTO DE TAPA: PABLO PIOVANO



RAFAEL YOHAI

# un zapping tortuoso

POLITICA

POR NORA VEIRAS

Un ataúd con cuerpitos amontonados, cubiertos de sangre, mutilados. Un padre sin rumbo ni destino que sólo puede gritar su dolor en medio de la desolación. Esa es apenas una de las imágenes que deja entrever la sinrazón de la invasión de Estados Unidos y Gran Bretaña a Irak. Es la escenificación inapelable del Mal. Es tal la desmesura de la barbarie que torna insignificante todo lo que sigue sucediendo fuera del teatro de operaciones. Pero... siguen sucediendo cosas: en la Argentina, nada más y nada menos que la quinta elección presidencial en los primeros veinte años consecutivos de democracia.

El 20 de marzo, el presidente George W. Bush anunció el lanzamiento de misiles sobre objetivos "selectos", por supuesto, para "seguir adelante nuestra campaña por la paz". El mesianismo de quien llegó a la cúspide del poder mundial mediante un primitivo fraude electoral invadió desde entonces la agenda de los medios. Más allá de toda manipulación –o intento de– es imposible abstraerse a los reportes desde Bagdad. "A los programas informativos los salvó la guerra", explica brutal un periodista mientras compara planillas de rating. Si los comicios nacionales generaban cero adrenalina antes del Día D, a veintitrés días la tendencia no se revierte. Según una encuesta de Hugo Haime, la mitad de la población manifiesta poco interés en las elecciones del 27 de abril. Otro sondeo, de Graciela Römer, da una de las respuestas a tan poco entusiasmo: más de siete de cada diez personas cree que no va a cambiar nada después de depositar el voto. Si la cantidad de la oferta se correspondiera con la variedad de propuestas equivalentes, el descreimiento no tendría razón de ser: dieciséis fórmulas aspiran a seducir a 24 millones de electores. Pero es tal la apatía que por primera vez se anunció que se les pagarán 100 pesos a los que ocupen el cargo de presidente de mesa en los comicios. Una fortuna si se tiene en cuenta que un Plan Jefe/a de Hogar se completa con 50 pesos más.

"A veces me vienen a la mente ideas que no comparto", dice Woody Allen en una de sus viejas películas. Es fácil caer en la tentación del desánimo cuando el zapping nos pasea entre los efectos de los misiles Tomahawk y un decrépito Carlos Menem caminando en una especie de cementerio privado invocando inescrupuloso –como siempre– el dolor por la muerte de su hijo para mimetizarse con el sufrimiento de sus posibles votantes. Y ese desánimo, que muchos nos resistimos a compartir, muta en desesperación cuando aparecen los "Padres de la Patria" –los senadores– justificando la salvación de Luis Barrionuevo para que siga enalteciendo a ese cuerpo después del escándalo de la quema de urnas en Catamarca. Se encuentra, eso sí, cierto consuelo al ver que Luisito vuelve a las fuentes y anuncia su retorno para convertirse otra vez en "el recontraalcahuete" del riojano.

Entre otras cosas, para eso sirve acercarse al Día D de la elección nacional: ante la situación límite queda poco margen para el disimulo. Los alineamientos se transparentan y como le pasa al doctor Grondona con la invasión –perdón, la guerra– no hay falacia que pueda tapar la justificación del genocidio. Y eso, por suerte, también se refleja en el rating.

Canal 9 está desesperado por la audiencia que se desmorona al ritmo de su apoyo al operativo para "la liberación de Irak".

En tres semanas, y a ocho meses de cumplir veinte años de democracia, los votantes elegirán una nueva cabeza del Poder Ejecutivo. Sí, sólo eso se renueva. Es muy poco en un país donde la renuncia del último presidente elegido se produjo después de la muerte de unas treinta personas, donde la desocupación está contenida apenas por debajo del 20 por ciento gracias al corset de los planes sociales, donde más de la mitad de los chicos son pobres y donde la Justicia habilita a candidatos que deberían estar presos. Es muy poco, pero es mucho: es la oportunidad de hacer pesar la opinión de cada uno. Como sucede con el ataque a Irak, sólo queda confiar en la racionalidad de los millones de personas movilizadas para cambiar lo que está sucediendo. La irracionalidad de la masacre ya está demostrada.



Acaso el oficio más antiguo del mundo, común a todas las épocas y culturas, el acto de narrar puede ser considerado una de las bellas artes, sobre todo si quien lo cultiva es una dama de la calidad y la calidez de Ana María Bovo. Actriz, dramaturga, directora, docente, la creadora de "Hasta que me llames" vive una etapa sumamente fructífera.

POR MOIRA SOTO

Antes, mucho antes de convertirse en una narradora profesional, hubo hombres en su vida que le despertaron e incentivaron el placer tanto de escuchar como de narrar historias: en primerísimo lugar, su papa Walter, experto vendedor de muebles con yapa de poesía; y más tarde, Tito, el vecino que contaba películas en la panadería de San Francisco, Córdoba. Pero también las mujeres de su infancia que, por la noche, después de levantar la mesa, lavar y secar los platos, se reunían para conversar con fruición...

Con el tiempo, sumando aprendizajes que convergerían en este "oficio trémulo" –según reza el título de su libro de conversaciones con Jorge Dubatti, recientemente editado por Atuel–, Ana María Bovo devino una magnífica narradora y se fue expandiendo en labores afines. De *Cuentos de humor y amor* a *Hasta que me llames* (2002), A.M.B. ofreció a un público cada vez más numeroso y entusiasta gemas como *Humor Bovo, Por la vida de mis tías* o *Maní con chocolate*.

Con esa habilidad exquisita para suscitar sueños, imágenes, evocaciones, Ana María Bovo presenta *Relatos* hasta fines de abril en Clásica y Moderna, los domingos a las 20.30. Una antología "donde celebramos el arte de la repetición, algo que descubrí gracias a la gente, que quería volver a oír ciertos cuentos, aunque los supieran de memoria, como les pasa a los chicos. De este modo, me junto con mis comienzos, hago un programa de base y el resto cumplo con los pedidos, como los músicos con los bises".

**–Este 2003 te encuentra en un momento de plenitud, de culminación en este oficio que quizá sea realmente el más antiguo del mundo.**

–Preferiría hablar de plenitud, por la forma en que se vienen dando las cosas. Estuve en Tenerife en diciembre para abrir y cerrar un festival de narración. Allí conocí a muchos narradores profesionales de la península ibérica. Cuando volví de mis vacaciones, además de la demanda de trabajo acá, que es muy nutrida, surgieron invitaciones para ir a trabajar afuera. Anteriormente, en el verano vino a verme a Clásica y Moderna un director de teatro que vive en Milán y tiene un estudio. A este señor se le ocurrió poner una filial de la Escuela de Narración en Milán, abierta a un público más amplio como el que tenemos en Buenos Aires. Después aparecieron de España invitaciones a Festivales en Zaragoza y Huesca, un trabajo docente en Casa Encendida, centro cultural muy prestigioso en Madrid. Y luego estuvo acá el director de Casa de las Américas, Iñigo Rodríguez de Haro, y me invitó a presentar allá el libro *Narrar, oficio trémulo*.

**–Mientras tanto, la Escuela del Relato dio frutos, como el notable espectáculo "Madame Bovary", que presentaste en el Centro Cultural San Martín a fines del año pasado.**

–Sí, la Escuela creció en inscripción y desde la estructura interna. Nombramos a Jorge Dubatti director de estudios, y nos hemos exigido ahondar en una literatura de la memoria, de la oralidad. En quebrar esos lazos ficticios forzados que arma la gente cuando quiere transmitir literatura, en tanto que desde la oralidad –con este soporte del gesto, el cuerpo y la palabra– hay tanto para comunicar y recuperar. Ese discurso cotidiano donde imperaban el sentido común, la intuición, la gracia para mirar la experiencia que se ha perdido detrás de los discursos estereotipados de los comunicadores mediáticos, del empobrecimiento del lenguaje.

**–¿Qué porcentaje de mujeres se anotan en la Escuela de Narración? ¿Se refleja el rol tan preponderante que tienen en la movida cultural como espectadoras?**

–Claro, son mayoría, como siempre. Te diría un 90 por ciento. Y lo más lindo de todo es la heterogeneidad en edades –con un arco que va de los 19 a los 86–, oficios. A mí me gusta recibir a la gente sin averiguar a qué se dedican: las personas se identifican por lo que cuentan. En ese relato puede aparecer su ocupación, pero sobre todo surgen jirones de su biografía más ligados con las experiencias primeras de vida. Y esto arma una red muy democrática de intercambio. Una vez tuve un pastor de una iglesia danesa en un grupo de psicoanalistas mujeres que hablaban de sus experiencias sexuales con cierta libertad porque no sabían a qué se dedicaba él, quien a su vez había venido al taller con el objetivo de preparar a través de un cuento su sermón de Semana Santa. Y fue maravilloso que varias de ellas, que eran de la colectividad judía, fuesen a su ceremonia. Se produjo una suerte de hermandad sin que mediara ningún prejuicio acerca de la actividad del otro.

**–¿Cuáles dirías que son las motivaciones que impulsan a tantas mujeres –y a algunos hombres– a asistir a estos cursos?**

# La maga del suspenso

–Creo que en principio mucha gente se acerca cautivada por la idea de que los cuenten, porque el nombre de la escuela los hace suponer que van a ser narrados. Yo lo que hago es ponerlos a ellos en el lugar de protagonistas, de narradores. Ahora, por ejemplo, estamos atravesando las primeras clases y empieza la producción de relatos a través de una consigna. Y lo estupendo es que hay veinte personas de diversa edad que se encuentran por primera vez, cada una cuenta una historia breve y en la clase siguiente sus compañeros le devuelven el relato. Y ninguno de los que debutan en esta experiencia, con toda la inseguridad que puede implicar, imagina la expansión, la explosión de sentido que su relato adquiere en la proyección ajena.

**–Evidentemente, como docente hay un plus de responsabilidad: no se trata sólo de enseñar una técnica, de desarrollar recursos, sino de tener entre manos un material tan delicado como vivencias, recuerdos, emociones tapadas quizá durante mucho tiempo.**

–Sí, es un trabajo de mucha contención. Lo que trato es de que las reuniones no se parezcan en nada a una sesión de terapia. Una de las primeras consignas es que lo más importante siempre es el relato del otro. Así se arma una red de escucha, se entabla una situación de solidaridad, y de ir cultivando esto de que no se cuenta bien si no se escucha bien. Así como no se puede contar bien si no se ha mirado bien, como señala Carmen Martín Gaite.

**–¿En lugar de la interpretación onda psi, estas narradoras descubren la belleza, la poesía al recrear un episodio vivido?**

–Exacto. Lo que trato es de que no aparezca como una infección sentimental con la nostalgia. Entonces, con la consigna de la brevedad y teniendo que producir el relato sin preparación previa, pasa algo precioso: la memoria se ordena solita de modo poético. Y el narrador, como está ocupado en evocar, se olvida de sí: un gesto lindísimo. Me hace acordar a ese poema de Susan Musgrave: "Eres cautivo de una vida que has elegido recordar".

**–¿Es un proceso que también actúa, aunque se trate de un relato tristísimo, de manera reparadora?**

–Muy. Por supuesto, hemos cuidado muchísimo la elaboración de la consigna que dispare el relato. Cuando hablan de un objeto empieza a aparecer una cantidad de particularidades que llevan a pintar un universo muy personal. Trato, como pide Carmen Martín Gaite, que la elocuencia se reparta en partes iguales entre el que narra y el que escucha. Es muy hermoso esto de la reparación colectiva que hay en la devolución del efecto que causó la narración en el otro. Y claro, también está mi propia devolución desde una mirada entrenada para poner en relieve sus significaciones poéticas.

**–¿Lo que moviliza a la gente es este descubrimiento de poseer un potencial tan rico de experiencias que pueden ser rescatadas y puestas en valor?**

–La idea básica que alientan es aprender a contar mejor. Tenemos médicos, abogados, ingenieras, locutores de radio, estudiantes de periodismo. Yo me cuido de no mirar la base de datos para no condicionarme. El principio para todo el mundo es saber trasmitir lo vivido teniendo conciencia de la presencia del otro. Se trata de trasmitir y embellecer la experiencia volviéndola más dramática, más cómica. La gente tiene una necesidad ancestral del relato: de decirlo y de oírlo.

**–O sea que primeramente estas personas, antes de aprender a narrar literatura, descubren sus propios tesoros.**

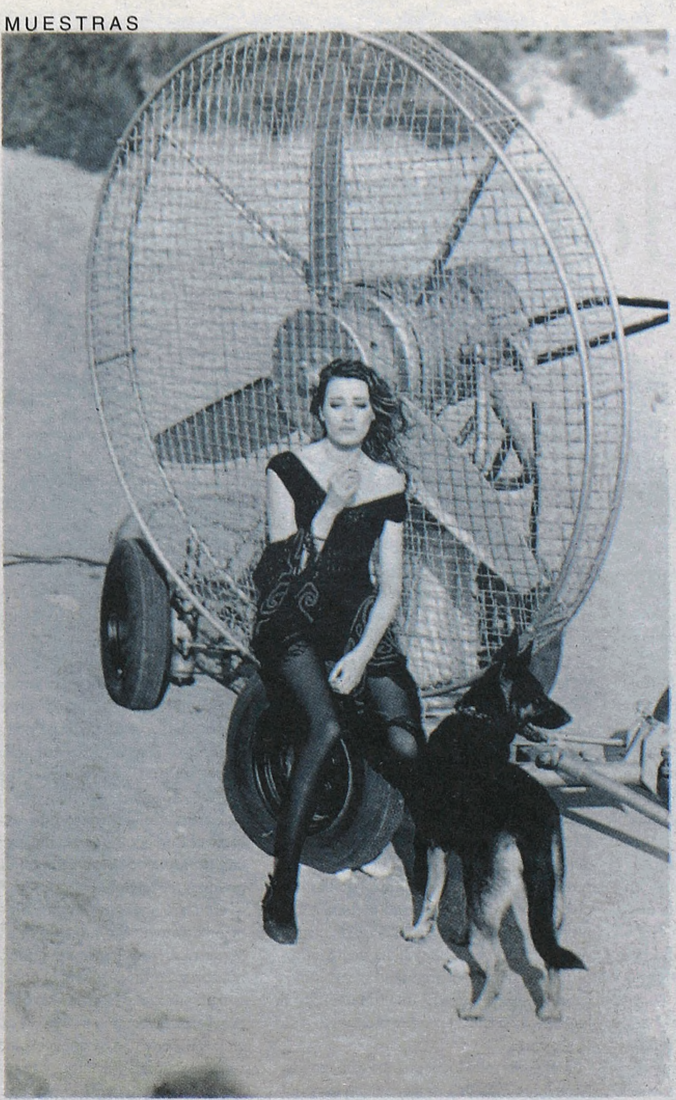
–Realmente son tesoros. En la primera clase cuento un momentito de *Las ciudades invisibles* de Calvino, cuando Marco Polo le habla al emperador de la ciudad de Eufemia. Le dice que los mercaderes de siete naciones van a un mercado cada solsticio y cada equinoccio, llevando rollos de muselina dorada, semillas de pistacho, de amapola. Pero no es por esas mercancías que van, porque las pueden encontrar en todos los mercados del reino, sino porque por la noche –sentados sobre pilas de alfombras o sobre barriles, alrededor del fuego– cada uno cuenta su propia historia de lobos, hermanas, tesoros, batallas, amantes. Y de vuelta a casa, en el balanceo del camello o del barco, cada uno recuerda la historia propia y la ajena sobre tesoros, batallas. Me gusta pensar que la Escuela funciona como un mercado invisible de trueque de historias. Porque la gente está llena de historias, propias y ajenas, sorprendentes, extravagantes, maravillosas. Es una fuente inagotable a medida que la memoria empieza a despertarse.

**–En el desarrollo local de este arte, desde hace poco más de una década se han multiplicado las narradoras profesionales. ¿Tenés alguna explicación sobre esta tendencia tan marcada?**

–Creo que, en el ámbito doméstico, la narración ha sido más patrimonio de las mujeres que de los hombres. Quizás ellos han sido más los narradores públicos en las conferencias, las reuniones del club, en los boliches (como aquel narrador de *La camarera del Titanic*). No lo tengo estudiado sociológicamente como para formular una conclusión. Creo que normalmente las mujeres suelen tener mayor curiosidad por la historia familiar debido al tiempo que han pasado con sus madres y abuelas, transmisoras del anecdotario. También las mujeres cuentan muchos cuentos a sus hijos, nietos, sobrinos para entretenerlos. Me parece que ellas se han permitido este goce con más libertad. A mí particularmente me da mucho placer que los hombres se animen a venir: han hecho aportes muy valiosos, y han resistido ser franca minoría entre las mujeres. Así, una vez que ellos se abren a contar, no podía establecer diferencias en la sensibilidad. Eso sí, las mujeres son más atrevidas y caóticas para desordenar la literatura. A los hombres les cuesta más quebrar las estructuras al trasponerla a la oralidad.

**–¿Se podría decir que las mujeres practican la narración dispersa con mucho regodeo en el teléfono, entre ellas?**

–Pero claro, creo que ahí hay un uso del ocio narrativo, algo precioso que también se permiten más las mujeres que los hombres. La diversión, el conocimiento o el para nada, el descanso que obtengo de esas llamadas es inenarrable. Pocas sensaciones más deliciosas que las que te provoca una amiga que llama y te suelta "¿querés que te cuente lo que pasó con tal?". Es una veta narrativa maravillosa, con su ritmo, sus pausas, la risa, los acentos, la superposición de voces. Esa dispersión creativa que vuelve aparentemente caóticas las conversaciones que en medio de una historia central pueden incluir una receta de cocina, la recomendación de un libro, algo que se está viendo por televisión. En mi casa, cuando nos juntamos mi hermana, mi mamá y yo somos unas expertas en la dispersión y en la velocidad para volver al tema principal.




PETER LINDBERGH, "MARIE SOPHIE WELLS PARA MARIELLA BURANI".


JURGEN TELLER, KIRSTEN MC-MENAMY EN LA PORTADA DE ID.


REGI RELANG, "ACCESORIOS PLAYEROS".

WILLY MAYWALD, "SILUETA CHRISTIAN


COLLAGE, MARIANO GALPERIN.

# MODA, FOTOGRAFIA

POR VICTORIA LESCANO

El puntapié inicial fue la imagen en variaciones de sepia de una fotógrafa –Charlotte Rohrbach–, ataviada con tailleur de institutriz y zapatos bajos, marcando una pose a la modelo con traje negro y casquete en un garaje de Berlín a fines de los 40. Esa obra llamada "Preparativos para una fotografía de moda", fue la primera que seleccionaron Uli Richter y F. C. Gundlach en su investigación sobre la transformación de las modelos desde las mannequins de los cincuenta a las superestrellas, que devino en "Moda en imágenes, imágenes de moda", un compilado de fotografía de 39 autores alemanes realizadas entre 1945 y 1995.

Las producciones con el sello de alta costura, retratos entre lámparas chinas y extrañas puestas con frutas, tomas oníricas de sombreros y niños que desde las gradas de un viejo estadio hacen gestos maliciosos al fotógrafo y la modelo son apenas un fragmento de la muestra reunidas por el Ifa (Instituto para las Relaciones con el Extranjero) que el Goethe Institut pasea por distintas ciudades de Latinoamérica y hasta el 22 de abril recaló en la Fundación Proa de La Boca.

La puesta en escena local incluye también un panorama de moda argentina actual. En rigor, en la planta baja de Proa, las ventanas lucen cual escaparates de boutique con prendas de Laura Valenzuela, Christian Dior, Gabriel Grippo y Trosman Churba, y en las salas hay maniquíes de pie y otros que cuelgan del techo con modelos representativos de diseñadores argentinos de fines de los 80 hasta el 2002.

De las piezas por deconstrucción de un jean de Gaby Bunader, un tótem de cuero con restos de colecciones de Andrés Baño, las construcciones y tramas de Varanasi, Nadine Zlotogora, Mariana Dappiano y Vero Ivaldi en organza, cuero y pelo de camello, un traje de la colección Pueblo de Pablo Ramírez –con un maniquí desangrándose en las blancas salas de Proa en clara alusión a la guerra.

Pese a que la fusión pueda resultar caprichosa, la muestra marca un hito. No sólo se oficializa a la generación de moda de autor surgida de la carrera de Indumentaria de la Universidad de Buenos Aires y los diseñadores arty de la Primera Bienal de 1987 y se los documenta con rarezas en video –aportadas por el archivo Andrea Saltzman, titular de una cátedra de indumentaria de la UBA y curadora de la muestra–. También los vincula con los nuevos exponentes del estallido moda de autor de fines de los noventa a la actualidad, cuya participación es de rigor en la construcción de una identidad de diseño y en la reactivación de los talleres de costura y moldería de la industria nacional.

Entre los cortos de la generación post Bienal es de rigor contemplar el de Sebastián Orgambide; lo protagoniza la productora Simona Martínez e incluye manifiestos a lo Mary Quant de Bunader, el paseo por estilos callejeros de Nueva York y la fachada del viejo local Commes des Garçons del Soho capturados por Kelo Romero, "La Machine de la cotiur", donde el cineasta Brian Welsh filmó secuencias De Loof haciendo de couturier y a Fausta Fabris caracterizada a lo Jane Shrimpton para pasear por el Abasto con capa Christian Dior. La selección actual –incluye la participación de ropa masculina, con una puesta con fieltro y príncipe de gales de Spina Cruz y una chaqueta de cuero con kit exhibidor de Hermanos Estebecorena– puede no resultar novedosa para los fashionistas pero sí sienta precedentes para futuras muestras dedicadas a la moda, según la metodología de museos especializados.

Y en ese punto es imposible no mencionar la mirada irónica y amorosa a la vez de Sergio de Loof hacia los iconos de moda que resume en un salita de Proa contigua al bar, que él bautizó Museo De Loof. Incluye un diario íntimo con artículos que reflejan su trayectoria, sus fetiches de prendas raídas a globos terráqueos, una puesta de facturas y un frasco de limpiavidrios sublimado cual Chanel Nº 5.

Saltzman fundamenta su criterio de selección: "Si bien para establecer una relación cronológica se debería haber tomado el año 1945 o podría haber tomado como referencia el movimiento del Di Tella, partí de la Primera Bienal por considerar a este hecho como un desencadenante del renacimiento de lo que hoy constituye la identidad del diseño argentino. Porque a fines de los ochenta, luego de años de represión, se comenzó a gestar un movimiento de arte-moda, cuando un grupo de artistas tomó a la vestimenta como forma de expresión. Los desfiles salieron del té canasta a los espacios públicos como El Garaje Argentino, la Fundación Banco Patricios, el Ici, el Goethe o el Centro Cultural Recoleta".

El paneo fotográfico se inicia con Claudia en el café de Ulrike Schamani. Si bien no se trata de Schiffer, la supermodelo alemana, la combinación de chaqueta de tuxedo y pantalón de gimnasia, representa un manual de estilo francamente alemán. Continúa con Jurgen Teller, un autor que vive y trabaja en Londres y habitualmente fotografía a Sofía Coppola y demás musas del americano Marc Jacobs y a varios representantes de la escuela de diseñadores belgas surgidos de la academia Antweerp.

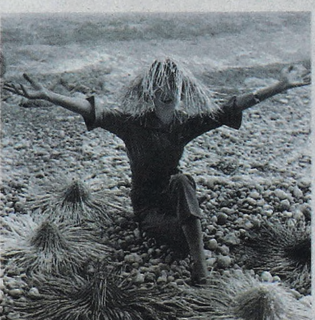
Teller representa a uno de los autores más avant garde y su obra está representada por la modelo Kirsten McMenamy con torso desnudo y foulard tan rojo como sus labios y una serie en blanco y negro con faldas plato



PETER LINDBERGH, "MARIE SOPHIE WELLS PARA MARIELLA BURANI".



JURGEN TELLER, KIRSTEN MC-MENAMY EN LA PORTADA DE ID.



REGI RELANG, "ACCESORIOS PLAYEROS".



WILLY MAYWALD, "SILUETA CHRISTIAN DIOR".



COLLAGE, MARIANO GALPERIN.



GUSTAVO DI MARIO, CON VESTIDO PRI.



ROBIN, "CONTRASTS PARA SYBYLLE".




CHARLOTTE ROHRBACH, LA FOTOGRAFA DE MODA.



WOLFGANG TILMANS, "SUSANNE AND LUTZ".

# MODA, FOTOGRAFIA & DISEÑO

En Proa, un compilado de fotografías de 39 autores alemanes da cuenta del recorrido que hizo la moda durante el último medio siglo. La exposición permite seguir el pulso de las tendencias plasmadas en fotos que en sí mismas son retratos de época.

POR VICTORIA LESCANO

El puntapié inicial fue la imagen en variaciones de sepia de una fotógrafa –Charlotte Rohrbach–, ataviada con tailleur de institutriz y zapatos bajos, marcando una pose a la modelo con traje negro y casquete en un garaje de Berlín a fines de los 40. Esa obra llamada "Preparativos para una fotografía de moda", fue la primera que seleccionaron Uli Richter y F. C. Gundlach en su investigación sobre la transformación de las modelos desde las mannequins de los cincuenta a las superestrellas, que devino en "Moda en imágenes, imágenes de moda", un compilado de fotografía de 39 autores alemanes realizadas entre 1945 y 1995.

Las producciones con el sello de alta costura, retratos entre lámparas chinas y extrañas puestas con frutas, tomas oníricas de sombreros y niños que desde las gradas de un viejo estadio hacen gestos maliciosos al fotógrafo y la modelo son apenas un fragmento de la muestra reunidas por el Ifa (Instituto para las Relaciones con el Extranjero) que el Goethe Institut pasea por distintas ciudades de Latinoamérica y hasta el 22 de abril recaló en la Fundación Proa de La Boca.

La puesta en escena local incluye también un panorama de moda argentina actual. En rigor, en la planta baja de Proa, las ventanas lucen cual escaparates de boutique con prendas de Laura Valenzuela, Christian Dior, Gabriel Grippo y Trosman Churba, y en las salas hay maniquíes de pie y otros que cuelgan del techo con modelos representativos de diseñadores argentinos de fines de los 80 hasta el 2002.

De las piezas por deconstrucción de un jean de Gaby Bunader, un tótem de cuero con restos de colecciones de Andrés Baño, las construcciones y tramas de Varanasi, Nadine Zlotogora, Mariana Dappiano y Vero Ivaldi en organza, cuero y pelo de camello, un traje de la colección Pueblo de Pablo Ramírez –con un maniquí desangrándose en las blancas salas de Proa en clara alusión a la guerra.

Pese a que la fusión pueda resultar caprichosa, la muestra marca un hito. No sólo se oficializa a la generación de moda de autor surgida de la carrera de Indumentaria de la Universidad de Buenos Aires y los diseñadores arty de la Primera Bienal de 1987 y se los documenta con rarezas en video –aportadas por el archivo Andrea Saltzman, titular de una cátedra de indumentaria de la UBA y curadora de la muestra–. También los vincula con los nuevos exponentes del estallido moda de autor de fines de los noventa a la actualidad, cuya participación es de rigor en la construcción de una identidad de diseño y en la reactivación de los talleres de costura y moldería de la industria nacional.

Entre los cortos de la generación post Bienal es de rigor contemplar el de Sebastián Orgambide; lo protagoniza la productora Simona Martínez e incluye manifiestos a lo Mary Quant de Bunader, el paseo por estilos callejeros de Nueva York y la fachada del viejo local Commes des Garçons del Soho capturados por Kelo Romero, "La Machine de la cotiur", donde el cineasta Brian Welsh filmó secuencias De Loof haciendo de couturier y a Fausta Fabris caracterizada a lo Jane Shrimpton para pasear por el Abasto con capa Christian Dior. La selección actual –incluye la participación de ropa masculina, con una puesta con fieltro y príncipe de gales de Spina Cruz y una chaqueta de cuero con kit exhibidor de Hermanos Estebecorena– puede no resultar novedosa para los fashionistas pero sí sienta precedentes para futuras muestras dedicadas a la moda, según la metodología de museos especializados.

Y en ese punto es imposible no mencionar la mirada irónica y amorosa a la vez de Sergio de Loof hacia los iconos de moda que resume en un salita de Proa contigua al bar, que él bautizó Museo De Loof. Incluye un diario íntimo con artículos que reflejan su trayectoria, sus fetiches de prendas raídas a globos terráqueos, una puesta de facturas y un frasco de limpiavidrios sublimado cual Chanel Nº 5.

Saltzman fundamenta su criterio de selección: "Si bien para establecer una relación cronológica se debería haber tomado el año 1945 o podría haber tomado como referencia el movimiento del Di Tella, partí de la Primera Bienal por considerar a este hecho como un desencadenante del renacimiento de lo que hoy constituye la identidad del diseño argentino. Porque a fines de los ochenta, luego de años de represión, se comenzó a gestar un movimiento de arte-moda, cuando un grupo de artistas tomó a la vestimenta como forma de expresión. Los desfiles salieron del té canasta a los espacios públicos como El Garaje Argentino, la Fundación Banco Patricios, el Ici, el Goethe o el Centro Cultural Recoleta".

El paneo fotográfico se inicia con Claudia en el café de Ulrike Schamani. Si bien no se trata de Schiffer, la supermodelo alemana, la combinación de chaqueta de tuxedo y pantalón de gimnasia, representa un manual de estilo francamente alemán. Continúa con Jurgen Teller, un autor que vive y trabaja en Londres y habitualmente fotografía a Sofía Coppola y demás musas del americano Marc Jacobs y a varios representantes de la escuela de diseñadores belgas surgidos de la academia Antweerp.

Teller representa a uno de los autores más avant garde y su obra está representada por la modelo Kirsten McMenamy con torso desnudo y foulard tan rojo como sus labios y una serie en blanco y negro con faldas plato y abrigos de Commes des Garçons . Lo más risqué y contemporáneo es la serie de Wolfang Tillmans, habitual colaborador de la revista inglesa *ID*, quien combina desnudos cero impostados y la crudeza de lo cotidiano. "Lutz y Mex agarrando el pito", una de sus fotos, incluye a dos modelos semivestidos, ella con foulard de estampas Chanel dispuesto como falda y él luciendo una chaqueta de neoprene amarilla.

De Rainmer Leitzenm cuelgan varias de las siluetas de diseño japonés que componen el libro *Issey Miyake* –en su edición de Taschen–, el falso samurai posando sobre el muro de cemento a la superposición de faldas en tonos de amarillo, marrón y celeste.

Ellen Von Unwerth, una ex modelo que devino fotógrafa y conserva peinados rasta, además habitual colaboradora de *Vogue Harper's Bazaar, Interview*, está apenas presente con una serie de mujeres en decorados franceses y lencería que corresponden a la serie Babettes section del Festival de la Moda de París de 1994.

Abundan los murales blanco y negro y tomas en la playa que hoy lucen demodée pero que documentan el último grito de la moda de principios de los noventa. Lo ilustra el fotógrafo Peter Lindbergh, experto en domar frente a las cámaras a Cindy Crawford, Linda Evangelista, Helena Christensen, Claudia Schiffer, Naomi Campbell y Stephanie Seymour; el hombre logró juntarlas en una superproducción del American Vogue realizada en 1991. Mientras Marie Sophie Wells posa con microvestido negro sobre un ventilador, Kirsten McMenamy –tal vez una de las caras y cuerpos que mejor simboliza la androginia– protagoniza una gráfica de Commes des Garçons rodeada de caballeros y maletas y regida por los guiños esteticistas de Lindbergh.La puesta contempla además verdaderas rarezas de la historia de la moda fechadas entre 1940 y 1960. Entre ellas, "Accesorio playero", una producción en las playas de Capri con sombreros de paja firmados por Emilio Puci, que bien podrían pasar por medusas o algas, la silueta más preciosamente entallada de la historia de la moda –corresponde al New Look de Christian Dior–, aquí fotografiado por Willy Maywald, o una puesta surrealista, modelo de sombrero de Jean Barthet o vestido plisado de Schiaparelli tomadas por Regi Relang.

La secuencia salta a una escena de jazz en el río (la tomó Will McBride, un especialista en captar estilos de los jóvenes alemanes de los sesenta en la publicación *Twen* y los looks lucen aún hoy muy actuales). De Helmut Newton –uno de los autores más glamorosos y quien reconoce a los policiales negros y sus femmes fatales como principal fuente de inspiración– cautiva "Frente a la vidriera de lencería", una mujer con traje y pantalón capri con rodete y trenza y otra modelo rubia, con corset a la vista y falda negra, posando frente a la Puerta de Brandeburgo. Ambas fueron publicadas en *Vogue* durante 1979.

Las beauties Isabella Rosellini y Catherine Deneuve fueron sorprendidas por la cámara de André Rau: la primera mientras algún coiffeur esculpía su nuca, la segunda posando en una barbería cutre.

"Moda en imágenes" logra pasearnos por estilos muy cercanos pero ya fuera de moda en nuestros roperos: el furor del chiffon y odas al terciopelo en tonos de violeta, verde o negro de las temporadas invierno 94 –dictado por Dolce and Gabbana, Donna Karan, entre otros, y que aparecieron en *Sybylle*, publicación de moda alemana por excelencia. La era del push up está representada por mujeres posando con el corpiño maravilla en billares con fondo de parroquianos o escenas de amor en una casa rodante.

Sobre las características de la moda alemana, los historiadores del Ifa advierten que Berlín tuvo sus escasos años de gloria como capital de la moda, luego perdió su cetro cuando Munich y Düsseldorf mutaron en sede de ferias textiles y la prensa especializada ancló en Hamburgo.

En el apartado fotógrafos de moda argentina, toda una sala de la planta baja; participan Mariano Galperín, también director de cine, con un collage de imágenes que fusionan moda, rock y la escena de fines de los ochenta: hay fetiches Grippo lucidos por Lorena Ventimiglia, campañas de Via Vai protagonizadas por la actriz María Carámbula, primeras incursiones en moda de Carolina Peleritti y Deborah de Corral. Charly García y Andrés Calamaro, el artista Nicolás Sarudiansky con extraños looks de factura casera. Del fotógrafo Urko Suaya hay bellas y cuidadas imágenes que fusionan espacios y cuerpos perfectos.

También una serie con improntas del gaucho look en versión 2000 estilizadas por Eugenia Rebollini y una secuencia con los actores de El Descueve que resulta algo caprichosa en el formato moda.

De Jorge Pastoriza, uno de los organizadores de los desfiles de la Primera Bienal junto a Dolores Elortondo, sobreviven documentos blanco y negro con planos detalle de vestidos de goma con agujeros by Bunader.

Gustavo Di Mario, un fotógrafo radicado entre Brooklyn y Buenos Aires, es quien mejor representa la estética actual: capaz de remixar un traje Chanel o un Yves Saint Laurent o un vestido Pri con modelos posando en sus entornos cotidianos, por lo general cocinas o un living del Bronx o potreros del conurbano logra extremo glamour pese a la escasez de recursos. Y ésa fue la regla número uno del comienzo del glamour fotográfico, cuando el genial Dior encargó fotografiar sus trajes de ensueño en fondos devastados por la guerra.



"DIOR".





GUSTAVO DI MARIO, CON VESTIDO PRI.





ROBIN, "CONTRASTS PARA SYBYLLE"




CHARLOTTE ROHRBACH, LA FOTOGRAFA DE MODA.



WOLFGANG TILMANS, "SUSANNE AND LUTZ".

# & DISEÑO

En Proa, un compilado de fotografías de 39 autores alemanes da cuenta del recorrido que hizo la moda durante el último medio siglo. La exposición permite seguir el pulso de las tendencias plasmadas en fotos que en sí mismas son retratos de época.

y abrigos de Commes des Garçons . Lo más risqué y contemporáneo es la serie de Wolfang Tillmans, habitual colaborador de la revista inglesa *ID*, quien combina desnudos cero impostados y la crudeza de lo cotidiano. "Lutz y Mex agarrando el pito", una de sus fotos, incluye a dos modelos semivestídos, ella con foulard de estampas Chanel dispuesto como falda y él luciendo una chaqueta de neoprene amarilla.

De Rainmer Leitzenm cuelgan varias de las siluetas de diseño japonés que componen el libro *Issey Miyake*–en su edición de Taschen–, el falso samurai posando sobre el muro de cemento a la superposición de faldas en tonos de amarillo, marrón y celeste.

Ellen Von Unwerth, una ex modelo que devino fotógrafa y conserva peinados rasta, además habitual colaboradora de *Vogue Harper's Bazaar, Interview*, está apenas presente con una serie de mujeres en decorados franceses y lencería que corresponden a la serie Babettes section del Festival de la Moda de París de 1994.

Abundan los murales blanco y negro y tomas en la playa que hoy lucen demodée pero que documentan el último grito de la moda de principios de los noventa. Lo ilustra el fotógrafo Peter Lindbergh, experto en domar frente a las cámaras a Cindy Crawford, Linda Evangelista, Helena Christensen, Claudia Schiffer, Naomi Campbell y Stephanie Seymour; el hombre logró juntarlas en una superproducción del American Vogue realizada en 1991. Mientras Marie Sophie Wells posa con microvestido negro sobre un ventilador, Kirsten McMenamy –tal vez una de las caras y cuerpos que mejor simboliza la androginia– protagoniza una gráfica de Commes des Garçons rodeada de caballeros y maletas y regida por los guiños esteticistas de Lindbergh.La puesta contempla además verdaderas rarezas de la historia de la moda fechadas entre 1940 y 1960. Entre ellas, "Accesorio playero", una producción en las playas de Capri con sombreros de paja firmados por Emilio Puci, que bien podrían pasar por medusas o algas, la silueta más preciosamente entallada de la historia de la moda –corresponde al New Look de Christian Dior–, aquí fotografiado por Willy Maywald, o una puesta surrealista, modelo de sombrero de Jean Barthet o vestido plisado de Schiaparelli tomadas por Regi Relang.

La secuencia salta a una escena de jazz en el río (la tomó Will McBride, un especialista en captar estilos de los jóvenes alemanes de los sesenta en la publicación *Twen* y los looks lucen aún hoy muy actuales). De Helmut Newton –uno de los autores más glamorosos y quien reconoce a los policiales negros y sus femmes fatales como principal fuente de inspiración– cautiva "Frente a la vidriera de lencería", una mujer con traje y pantalón capri con rodete y trenza y otra modelo rubia, con corset a la vista y falda negra, posando frente a la Puerta de Brandeburgo. Ambas fueron publicadas en *Vogue* durante 1979.

Las beauties Isabella Rosellini y Catherine Deneuve fueron sorprendidas por la cámara de André Rau: la primera mientras algún coiffeur esculpía su nuca, la segunda posando en una barbería cutre.

"Moda en imágenes" logra pasearnos por estilos muy cercanos pero ya fuera de moda en nuestros roperos: el furor del chiffon y odas al terciopelo en tonos de violeta, verde o negro de las temporadas invierno 94 –dictado por Dolce and Gabbana, Donna Karan, entre otros, y que aparecieron en *Sybylle*, publicación de moda alemana por excelencia. La era del push up está representada por mujeres posando con el corpiño maravilla en billares con fondo de parroquianos o escenas de amor en una casa rodante.

Sobre las características de la moda alemana, los historiadores del Ifa advierten que Berlín tuvo sus escasos años de gloria como capital de la moda, luego perdió su cetro cuando Munich y Düsseldorf mutaron en sede de ferias textiles y la prensa especializada ancló en Hamburgo.

En el apartado fotógrafos de moda argentina, toda una sala de la planta baja; participan Mariano Galperín, también director de cine, con un collage de imágenes que fusionan moda, rock y la escena de fines de los ochenta: hay fetiches Grippo lucidos por Lorena Ventimiglia, campañas de Via Vai protagonizadas por la actriz María Carámbula, primeras incursiones en moda de Carolina Peleritti y Deborah de Corral. Charly García y Andrés Calamaro, el artista Nicolás Sarudiansky con extraños looks de factura casera. Del fotógrafo Urko Suaya hay bellas y cuidadas imágenes que fusionan espacios y cuerpos perfectos.

También una serie con improntas del gaucho look en versión 2000 estilizadas por Eugenia Rebollini y una secuencia con los actores de El Descueve que resulta algo caprichosa en el formato moda.

De Jorge Pastoriza, uno de los organizadores de los desfiles de la Primera Bienal junto a Dolores Elortondo, sobreviven documentos blanco y negro con planos detalle de vestidos de goma con agujeros by Bunader.

Gustavo Di Mario, un fotógrafo radicado entre Brooklyn y Buenos Aires, es quien mejor representa la estética actual: capaz de remixar un traje Chanel o un Yves Saint Laurent o un vestido Pri con modelos posando en sus entornos cotidianos, por lo general cocinas o un living del Bronx o potreros del conurbano logra extremo glamour pese a la escasez de recursos. Y ésa fue la regla número uno del comienzo del glamour fotográfico, cuando el genial Dior encargó fotografiar sus trajes de ensueño en fondos devastados por la guerra.



# Women shop

Nike anuncia que ha ampliado notablemente su Nike Women Shop, un espacio dedicado a las mujeres con sus productos específicos para indumentaria, calzado y equipamiento deportivo femenino. Entre las novedades hay prendas con nuevas tecnologías, como el dri-FIT, que extrae la humedad de las capas inferiores de la tela que tiene contacto con la piel, o el Nike Sphere, un material no teñido reciclado de poliéster que permite la circulación de aire por el cuerpo.

# Desfile para el Elizalde

El martes 8 de abril, a las 17.30, se llevará a cabo en el hotel Sheraton (Salón San Isidro) un desfile a beneficio de la Asociación Cooperadora del Hospital de Niños Pedro de Elizalde. Se mostrarán cueros y pieles Dipelle y lencería Selú. La entrada ($10), que se puede adquirir telefónicamente llamando al 4308-1521/4307-5898/4307-7400 o en el local 317 de Galerías Pacífico, será destinada a mejoras en ese hospital, cuya guardia recibe anualmente más de 100.000 consultas.

# Codependencia

En la codependencia una persona depende en extremo de otra, sea su pareja o un familiar cercano. Cualquier adicción, drogas, juego, alcohol, comida, puede generar codependencia. El enganche se produce a través de los roles de perseguido y perseguidor. Para analizar y resolver estas cuestiones, la terapeuta especializada en este tema Emilia Faur hace talleres grupales. Para informes, se puede llamar al 4781-5792.



# Ambigüedad

Ona Sáez sale al ruedo este otoño con una imagen llamativa y un concepto más que claro: el de la ambigüedad. El protagonista de la campaña es Juan Donato, un cliente de la marca que reside en Bahía Blanca y que debuta como modelo de su ropa preferida.



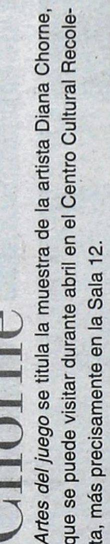

# Seco, bien seco

Nivea estrenó nueva versión del Nivea Deodorant: el Dry, un desodorante de efecto ultraseco que regula la transpiración y ofrece protección 24 horas corridas. Viene en roll-on o en aerosol.




# Recetas de la Abuela

Arcor completó su línea de galletitas "Recetas de la Abuela" con dos nuevas variedades: polvorones –elaborados con textura de panadería y un toque de sabor a naranja– y marineras con salvado –con aporte de fibras y sabor malteado.



# Chorne

*Artes del juego* se titula la muestra de la artista Diana Chorne, que se puede visitar durante abril en el Centro Cultural Recoleta, más precisamente en la Sala 12.






# Balletin dance

La revista especializada *Balletin dance* festejará su noveno cumpleaños el 10 de abril, a las 20.30, cuando reúna en el Teatro ND Ateneo (Paraguay 918) a lo más granado del ambiente de la danza. Miguel Angel Elías, Silvia Bazilis, Raúl Candal, solistas y primeros bailarines del Ballet estable del Teatro Colón y del Teatro Argentino de La Plata, compañías folklóricas y hasta danza árabe. Prometen una gala memorable.

# Plaza de diseño

Este sábado y domingo, en Defensa 683 (y Chile), se realizará la Plaza de Diseño, un espacio en el que una treintena de diseñadores independientes mostrarán sus prendas, accesorios, objetos y mucho más. De 14 a 20, los dos días.



# LAS CLINICAS JURIDICAS

POR SONIA SANTORO

Estudiantes y profesores de derecho comienzan a agruparse en clínicas jurídicas, dando asistencia a quienes no pueden pagar un abogado o atendiendo problemas colectivos que perjudican a los ciudadanos o a los consumidores. Un baño higiénico para el ejercicio de la profesión.

Un barrio pobre al que no le instalan teléfonos públicos: la empresa dice que le sale muy caro porque los rompen. Miles de usuarios a quienes les sacan, por una trampita en el cobro, 2 o 3 centavitos, que al final del año son 10 millones de pesos de ganancia extra para la empresa. Una comunidad mapuche que en su escuela no puede contar con un maestro bilingüe. Mujeres discriminadas por una empresa que sólo contrata hombres, aunque las tareas no lo justifiquen. La Clínica Jurídica de Interés Público de la Universidad de Palermo lleva adelante casos como los mencionados, poco tentadores para gran parte de los abogados, pero que contribuyen a hacer una sociedad más justa.

A fines de 1999, la Fundación Mujeres por Igualdad presentó un recurso de amparo contra la empresa de helados Freddo S.A. por considerar que su política de recursos humanos era discriminatoria contra el sexo femenino: directamente no contrataba mujeres. Finalmente, el 16 de diciembre de 2002 la Justicia falló a favor de la fundación. "Condenar a Freddo S.A. a que, en el futuro, sólo contrate personal femenino hasta compensar en forma equitativa y razonable la desigualdad producida", dictaminó. Ese es el último caso que ganó la Clínica, un grupo de unos 20 estudiantes y profesores de la UP, que brindan este servicio jurídico gratuito desde 1995.

Las clínicas jurídicas surgieron en Estados Unidos en la década del '60 con una doble función: como una alternativa de enseñanza del derecho, por un lado, y como servicio jurídico para los grupos más desaventajados. "Cuando uno es abogado el problema más sencillo es saber qué dice la ley, todos los problemas que tiene que resolver un abogado: cómo tratar a un cliente, cómo preparar una estrategia para un juicio, cómo investigar un caso, cómo argumentar un caso son cosas que las facultades no enseñan", comenta Gustavo Maurino, profesor de la Facultad de Derecho y abogado miembro de la Clínica, desde los comienzos.

En la Argentina las facultades hicieron su propio intento en los '70. "Qué hubiera pasado si esa experiencia hubiera seguido, no lo sabemos. Lo cierto es que se cortó y las facultades de derecho se olvidaron prácticamente de esta función social hasta ahora", cuenta Maurino. Recién a partir del '94 el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), por un lado, y la UP, por el otro, lideraron la idea de crear clínicas jurídicas. La reforma constitucional dio herramientas legales para esto: incorporó las convenciones de derechos humanos, protecciones explícitas contra la discriminación, los derechos de los usuarios y los consumidores; y una herramienta de defensa concreta, el amparo colectivo. A partir de esto, además de la clínica de Palermo se creó una en la Universidad Nacional del Comahue, en Neuquén, y otra en el CELS, con alumnos de la UBA. Las tres integran una red de clínicas que incluye otras de Chile, Perú y Colombia.

Martín Böhmer, decano de la Facultad de Derecho de la UP, suele decir que los abogados tienen un rol de privilegio en la sociedad porque tienen el monopolio de la representación jurídica, entonces deben tener la responsabilidad de contribuir a la efectiva vigencia de los derechos. "Así como un médico es el único que puede meterse con tu cuerpo, un abogado es el único que puede meterse con tu propiedad, con tu vida, con todo. Y los problemas públicos también son responsabilidad de los abogados", traduce Maurino.

Los casos llegan a la Clínica porque algunas ONG los presentan o porque surgen de la propia mirada entrenada de alumnos o profesores. Así llegó, por ejemplo, el caso en que los teléfonos públicos de Telefónica de Argentina cobraban 25 centavos la llamada local, cuando la tarifa real era de 22, porque no daban la posibilidad de usar monedas de 1 centavo. Al final del año esto le reportaba a la compañía 10 millones de pesos. También el caso de una comunidad mapuche en la provincia de Neuquén que tenía una escuela y aunque distintas leyes de la provincia y algunos convenios internacionales garantizan la educación bilingüe de las comunidades aborígenes, el Gobierno no les designaba un maestro bilingüe. "Hicimos un amparo y lo ganamos. Fue una sentencia sin antecedentes en la historia jurídica argentina", apunta Maurino.

Defender el interés público viene a reconciliar a los estudiantes con la nobleza de la profesión de abogados. "Si las empresas de colectivos no les avisan a las personas con discapacidad en qué horarios pasan los colectivos acondicionados, no pueden tomar colectivos", acota Maurino, con su mirada entrenada en captar esas señales que avisan casi a cada paso que las cosas no están funcionando como deberían, sobre todo para los que menos posibilidades tienen. Esa mirada atenta no es exclusiva de la clínica, ni de los abogados; distintas organizaciones o personas la ejercitan día a día. La diferencia, dice Mariano Fernández Valle, estudiante de derecho y miembro de la clínica, es que mientras "nosotros creemos en el derecho como herramienta de cambio social, otros creen en otras herramientas, como los escraches, las marchas, los piquetes. Y otros no tienen ninguna".

PERFILES

# realismo mágico + denuncia

**Ana Gloria Moya es abogada, a la sazón defensora oficial en su provincia, Salta, donde el destino le puso en el camino, para defenderlo, a Simón Hoyos. Es además escritora: su libro "Cielo de tambores" ganó el concurso mexicano Sor Juana Inés de la Cruz.**

POR MARIA MORENO

Uno tira, no siembra. Después ve qué pasa", dijo la doctora Ana Gloria Moya, defensora oficial penal en Salta, y siguió avanzando en un trámite promocional propio de su vida paralela, la literatura. Su novela *Cielo de tambores* había ganado el Primer Premio Pro Cultura Salta (2001) y se iba a tirar el lance –"soy de una ignorancia atrevida"– de enviarla al Premio Sor Juana Inés de la Cruz, que se hace en Guadalajara, cada año. Antes había dudado. ¿Qué tenían que ver las míticas niñas de Vilcapugio y Ayohúma en las leyes estéticas de un concurso latinoamericano? Ella se había devorado todo Fuentes, todo Rulfo y, por supuesto, todo García Márquez ya cuando era la espiona de la librería y editorial de su padre, Atenas. Y lo siguió haciendo cuando fue estudiante de abogacía en un cuarto piso de la ciudad de Tucumán, donde de vez en cuando había que tirarse al piso bajo la luz de los helicópteros, durante la dictadura. Pero acaso ese norte querido que la vio trasladarse de Tucumán a Salta, cuando aún pensaba que podía ejercer la ley en las comodidades de lo civil y comercial, no estuvo siempre más cerca del Alto Perú que de ese Buenos Aires "donde Belgrano dormía mientras allá arriba Güemes suplicaba pólvora".

El problema es que la encomienda para hacer el envío costaba $ 100. Demasiado para una separada con cuatro hijos, sobreviviente de una grave enfermedad de la que no quiere hoy hablar, pero que convirtió la escritura en una catarsis y la espera angustiosa de un análisis en la esperanza de ganar un concurso. Entonces, fue a la librería, cobró nueve ejemplares vendidos de su *Cielo de tambores* y llegó a los $ 100. Ganó.

*Cielo de tambores* rompe la habitual linealidad de las novelas históricas para funcionar a través de un contrapunto de voces. Voces que se levantan contra la historia oficial desde la pasión y la bastardía. Es la historia de la mulata María Kumba, enrolada en el ejército de Belgrano durante la liberación del norte y de su amante Gregorio Rivas, enemigo de aquél. Poco antes de la aparición de *Cielo de tambores*, el nombre de Ana Gloria Moya apareció en los diarios asociado con el caso del abusador Simón Hoyos.

–Yo fui la hija tonta de Murphy. Suele haber 15 días de competencia de tal juez, tal fiscal y tal defensor. Me acuerdo que era el día del casamiento de la hija de la jueza de delitos leves. Y yo pensaba "seguro que le toca a la hija tonta de Murphy". Y le tocó. El abogado personal de Hoyos renunció, y por un derecho constitucional que indica que nadie puede estar sometido a un proceso sin defensa convergimos él y yo.

**–En los medios se difundieron amagos de una defensa en nombre del relativismo cultural. El paternalismo puede implicar todo.**

–Hoyos no es un patrón querido. Está el patrón que presta su auto porque el peón tiene su hijo enfermo y a lo mejor, le paga los estudios en la universidad. Pero no hay una sola cara. Ojalá la hubiera. Porque hay lugares donde el patrón paga con vales para que compren en el almacén de su propiedad. Es cierto que cuando muere un terrateniente, uno puede leer en el aviso "su hija en el afecto" y es una que ha criado, que quizás lo acompañó en la enfermedad hasta el final. También en la esclavitud, el esclavo integraba la familia.

**–También en el caso Hoyos se habló de la rameada, para situar determinado espacio cultural.**

–En la rameada se baila, se toma mucha chicha. Hay chicas casaderas, barras de muchachos. Es el espacio del juego sexual. Si no, ¿cómo pueden seducirse personas que no hablan, que están mimetizadas con el paisaje de altura, invitándose a tomar un café? ¿Escribiendo un poema? No hay tiempo, porque hay que ir a cuidar las cabras. A veces la pastora y el pastor están separados por diez kilómetros de subida. La rameada es el momento donde un muchacho se lleva a una chica con la cual ha estado todo el año presumiendo. Puede haber violencia, pero no como resultado del ritual. Cuando se les dice a las viejas que ya han tenido muchas rameadas en su vida, ellas se ríen. Por supuesto, defendamos a la chica que no quería, pero la mayoría se deja ramear porque quiere. Ramear significa arrastrar. Alude a que se las llevan rameando. "Las han rameado entre los yuyos" dicen ellos. Por supuesto que nueve meses después nace un niño. También después de la rameada se suele iniciar una convivencia. No tiene nada que ver con el derecho de pernada de los señores feudales en Europa que tomaban a todas las hijas de los siervos. Como Hoyos.

## LA ABOGADA DEL SILENCIO

Ningún realismo mágico puede competir con la realidad de esta abogada que trabaja como Defensora Oficial Penal y coordina un taller literario en el Servicio Penitenciario de Salta.

–Entré aterrada en el derecho penal. Luego mi trabajo de Defensora Oficial se convirtió en una pasión. Porque cuando al dolor, al nombre y al apellido, le ponés cara y la mirás, ya no te podés zafar. Hasta del violador, que a lo mejor fue a su vez violado a lo largo de toda la vida. A menudo el acusado ha estado machado y no se acuerda de nada. Entonces, como en mi novela, se trata de reconstruir hechos. Qué dice el informe policial, qué dicen los testigos, si hay manchas de sangre en la ropa, si hubo cerca un cuchillo o un revólver. O si alguien es acusado porque es petiso y morochito, es decir por portación de rostro, como dice Elías Neuman. Había uno que tenía una macha que no se acordaba de nada. Estaba sentado en el cordón de la vereda cuando se robaron una rueda. Lo acusaron. Y lo único que nos decía era "la bicicleta, la bicicleta quedó en la calle". En realidad estaban robando al lado y él, de la macha, se había caído ahí.

**–¿Se consume mucho alcohol y droga?**

–Más alcohol y en todas las clases sociales. Pero yo trato con los olvidados. Voy allí donde se mantienen los ritos y las costumbres de los indios, de los dueños de la tierra. Y donde nosotros seguimos siendo el invasor, el que va a imponer otra ley. Santa Victoria Oeste, El Nazareno, Iruya son lugares adonde yo he ido precisamente con la ley. A Iruya fui como secretaria por un cargo de homicidio. Subí en un vehículo todo terreno a ese lugar a mil metros sobre el nivel del mar –hay momentos del viaje en que ves los cóndores y las nubes debajo–. ¿Qué había pasado? Era carnaval. Estaban todos machados. Había una pareja. El bailaba con otras mujeres –nada distinto que en el resto del mundo–. Ella se puso celosa, decidió suicidarse y se tiró por la pendiente. No se dio cuenta de que tenía el hijo en la espalda. Murió el bebé y ella no. Ibamos entre otros un asistente social y un psicólogo. La llevamos detenida a la ciudad, embarazada de seis meses. Subimos al vehículo y cuando quisimos darnos cuenta vimos al marido corriendo detrás. Nunca entendió por qué la llevaban. Por qué era castigada. Esta mujer terminó dando a luz en El Buen Pastor –en esa época no había Servicio Penitenciario– y con el marido, allí sentado en cuclillas, como un perrito esperando el resultado del juicio. Fue muy fácil defenderla porque ella nunca registró que tenía el hijo atrás. Sintió dolor, pero no se sintió



NORA LEZANO

culpable. Sencillamente ella no sabía que lo tenía a la espalda. Lo tenía incorporado como un cordón umbilical, como al hijo que se lleva en el vientre. Nunca habló. Mi contacto fue a través de la mirada, una galletita, un abrazo que ella rehusó. Es así. Los olvidados son silenciosos. Cuando se hacen los estudios antropológicos correspondientes se comprende que para esta gente es más dramático perder una oveja que un hijo.

**–Edward Shorter en "El nacimiento de la familia moderna", en su análisis de la sensibilidad popular en el siglo XVIII presenta innumerables documentos sobre el duelo prolongado que el campesino francés hace de su caballo muerto y no ante un hijo.**

–Es que, mientras que la oveja les da la lana y les da la leche, ellos tienen tantos hijos que están acostumbrados a que se mueran y haya una boca menos. Esto no es falta de sensibilidad sino que el niño muerto pasa a ser el angelito al que se le hace el velorio. Entonces ¿cómo te manejás vos con esos patrones? ¿Cómo aplicás el peso de la ley? Otra vez fuimos a El Nazareno, un lugar soñado por la belleza del paisaje, donde las casas se mantienen colgadas de las laderas de los cerros y como son de adobe que está hecho con la tierra del cerro, parece que el cerro hubiera tomado relieve y adoptado forma de casas. Se pensaba en un caso de "sedición" o de "ataque a la propiedad privada" porque un grupo de trabajadores municipales había tenido conflicto con los salarios y se habían "producido desórdenes en la vía pública". ¿Qué había pasado en realidad? Cuatro personas de la municipalidad de Nazareno luego de ver un poco –porque alguna que otra televisión hay donde ver la noticia de una olla popular– hicieron un locro frente a la municipalidad adonde hacía seis meses que no les pagaban.

**–En el espacio público del cerro.**

–Pero manifestaron. Eso es lo importante. Yo les decía "no se avergüencen". Habrán sido a lo sumo tres familias, porque encima era domingo. Tampoco era una toma porque se podía entrar y salir. El grupo no daba ni para una cadena humana que impidiera el paso. O sea que no era invasión a la propiedad. Ellos no podían entender qué habían hecho. Y de paso, ya que el tribunal se constituyó allá, se trató un caso de homicidio culposo. Y hubo también la denuncia de un cura porque le habían robado las imágenes de la capilla. Había sido un coya con un delirio místico, pero con mucha influencia de los evangelistas. Nos vino a ver con su Biblia bajo el brazo. Le preguntamos "¿Usted las robó?". "No, no las robé. Mi padre las donó a la Iglesia y yo que me he transformado a la religión evangelista, consideré que no había que adorar falsos ídolos. Porque Isaías dijo", bla, bla, bla ...

**–Además las imágenes eran de su padre.**

–Es decir que un coya acusaba a la Iglesia de idolatría. Me acuerdo de una inimputable, una mujer que había sido prostituta y que estaba internada en el manicomio. Ella soñaba con tener, para cuando cumpliera sesenta años, un vestido rojo de tul y zapatos haciendo juego. Entonces los locos empezaron a juntar moneditas y cuando ella cumplió años le regalaron el vestido y los zapatos. A los cinco días se murió. Hay otro mundo y otra ley detrás de las rejas. Adonde no hay realismo mágico, hay realidad y hay magia, pero también puede haber denuncia.

OPERA

# VUELVE MADAME



"Madama Butterfly" vuelve y esta vez al Teatro Avenida. Con dirección orquestal de Carlos Vieu y régie de Willy Landin, la heroína de Puccini volverá a cobrar vida en la figura y la voz de la soprano **Mariela Schemper**. La mezzo **Vanesa Mautner** encarnará, por su parte, a la fiel criada Suzuky.

POR SOLEDAD VALLEJOS

Día de ensayo general. En la puerta del Teatro Avenida (Av. de Mayo 1222), el boletero se juega la sonrisa asegurándole a un señor que no se arrepentirá de haber comprado una platea para *Madama Butterfly* porque la puesta "viene muy bien", que se lo asegura, que ya va a ver. Puertas adentro, los murmullos del elenco van guiando por el pequeño laberinto de pasillos y espejos bordados de luces en que se convierten los camarines durante esos minutos previos al momento en que todas y todos se verán, por primera vez, peinados, maquillados y vestidos como la música de Puccini (dirigida, esta vez, por Carlos Vieu) y la *régie* de Willy Landin mandan. Un poco más allá, entre un perchero cargado de kimonos primorosos y más espejos, la soprano Mariela Schemper y la mezzo Vanesa Mautner manejan como pueden las expectativas ("un poco ansiosas, un poco nerviosas, un poco todo, en realidad") que despierta en ellas la inminencia de plantarse ante el público como la traicionada geisha Cio-Cio-San y la fiel criada Suzuky para la inauguración de la primera temporada de Buenos Aires Lírica (que también ha programado para este año un Rossini, un Mozart, un Donizetti, y el estreno local de una ópera de Diego Vila y Betty Gambartes). Se trata, saben, de una de las recientes apuestas independientes (o al menos, no dependientes de instituciones oficiales) decididas a abrir el juego de la ópera al público local para desvanecer los fantasmas de la música de elite en salas ídem que tanto acostumbran rodear al bel canto en una Argentina que, hasta hace dos años, apenas contaba con la oferta de dos salas... dedicadas, por lo general, a prender los reflectores sobre voces contratadas afuera antes que sobre talentos formados en el circuito local. Una suerte de prueba de fuego por varios flancos, entonces, la que enfrentan estas cantantes que, con sus 30 años, forman parte de la generación de líricas argentinas que mueren por popularizar la ópera en el país (B.A. Lírica, por caso, tomará como centro de operaciones el Avenida, pero tiene entre sus planes organizar giras por el interior), o al menos ganar nuevos públicos, como sucede con el género a nivel mundial desde hace unos años. Voces trabajadas con rigor y nervios de acero, entonces, es lo que necesitan estas chicas hoy.

–Tengo muchas expectativas por todo un poco, y en especial por lo actoral, algo en lo que el rol de Cio-Cio-San es muy rico –dice Mariela–. Es un rol muy ansiado por las sopranos, y vocalmente es muuuy difícil. En todo sentido (actoral, vocal), el dramatismo crece en cada acto.

Y es que en la historia que Giacomo Puccini rescató de entre el aluvión de relatos que inundó Europa durante el delirio de principios del siglo XX por el exotismo (de todo tipo, pero el oriental pegó por entonces casi tanto como el africano), lo que empieza como el drama de una adolescente ingenua (Cio-Cio-San) enamorada del hombre equivocado (el marino norteamericano Pinkerton, que como gesto tierno de marido ocasional, la rebautiza Madama Butterfly) termina por convertirse en una tragedia inolvidable con el suicidio por honor de ella. Suerte de recorrido por las imá-




genes (la entrega, la distancia, el extrañamiento) del amor antes que el amor mismo y la traición que puede destruirlas sin demasiado esfuerzo, meterse en la piel de Butterfly es, ante todo, un trabajo exigente que demanda encarnar sin reservas esas transformaciones que llevan al personaje hasta el abismo.

**–Alguna vez, la soprano Susan Brown dijo que, en realidad, interpretar a Madama Butterfly implica hacer tres roles distintos.**

–Sí. Cuando empieza la obra, cuando ella tiene 15 años, Cio-Cio-San es más aniñada. Pero después, ya en el segundo acto, haber tenido el hijo la hizo madurar, y que Pinkerton no estuviera con ella la ensombreció. Ella no quiere volver a ser geisha, y renegó de su religión para casarse con él: quiere abrazar todo lo que significa Pinkerton, su cultura, quiere cambiar.

**–¿Cómo se fueron acercando a los personajes desde lo actoral?**

**Vanesa Mautner:** –Con un *régisseur* brillante como Willy Landin, que nos hizo hacer un trabajo enriquecedor en todo nivel. Fue algo maravilloso, y fue aprender. Al menos yo, en mi caso, aprendí de mí misma cosas, las fui descubriendo. Son cosas que están porque él las saca, aunque no sé cómo, y eso te acerca a tu personaje con mucha claridad. Es muy claro lo que él pide, y muy natural. Eso en la ópera ya es algo extraño de lograr, ¿no? Yo algunas cosas ya he hecho, pero soy bastante inexperta todavía, me queda mucho por aprender, por eso encontrarme con gente como Willy es maravilloso. Porque una puede tener una percepción del personaje, pero dentro de la edad propia. Está bien, nosotras no somos japonesas ni tenemos 15 años ya, pero, de todos modos, hay cosas que cuando tenés 30 años podés no haber vivido, o tal vez sí, y que te acercan al personaje.

**Mariela Schemper:** –Además, la obra, de antemano la estudiamos aparte. Tenés que preparar el estilo y todo lo referente a lo musical con un repertorista, y algunas cosas de carácter. A partir de ahí, yo particularmente en el personaje de Butterfly preparé con mi repertorista todos los diferentes caracteres que van apareciendo a través de la obra, y toda la obra en general, todos los matices que tienen que estar en la voz desde lo actoral. Entonces, los maestros repertoristas te van pautando todo eso, y después, el trabajo fino te lo marca el *régisseur.* Después, también trabajás con el director de orquesta, que pide algunas características en particular.

**V.M.:** –El da la última pincelada, porque también pide la versión que él quiere.

**M.S.:** –Es un poco como estar tironeadas de todos lados, y por eso te digo que se aprende. Claro que también está en una ver qué material te sirve y qué no, o aprender que lo que te dan, ¡aunque no te sirva, te tiene que servir!

**–¿Cómo se acercaron a la lírica?**

**M.S.:** –Yo creo que, en el fondo, lo que me hizo decidir fue haber visto la película *Otelo*, con Plácido Domingo. No sé, era chica y quedé maravillada. "Yo quiero ser cantante de ópera", decía en ese momento. Claro que, después, siempre hay dificultades, los padres se preocupan porque dicen: "¿De qué vas a vivir?", esas preocupaciones que siempre hay en la Argentina.

**V.M:** –Es el típico: "¿Qué estudiás?". "Canto." "Ah, qué lindo... pero, ¿no pensás estudiar nada?" Me ha pasado tal cual.

**M.S.:** –Después seguí en el Instituto (Superior de Arte) y también de manera particular. Seguí adelante, pero esto tiene altibajos siempre. A veces decía: "Ah, para qué me metí en esto". Claro que también tiene otras cosas: una sube al escenario y es maravilloso.

**V.M.:** –Yo empecé a querer ser cantante desde muy chiquita. Mi mamá desde la panza que me ponía música, y cuando yo nací la única manera de callarme era poniéndome la música que escuchaba en la panza. Mis padres tenían abono en el Colón, y a los 6 años me llevaron a mi primera ópera, *I Due Foscari.* Al día de hoy me acuerdo que cuando Foscari cae muerto yo empecé a gritar. ¡La gente aplaudía, porque era el final de la ópera, y yo lloraba, mi mamá me mostraba que el señor estaba bien, parado, saludando, pero no había manera de calmarme! A los 9 dije: "Mamá, quiero ser cantante", y empecé a estudiar... Y siempre lo hice tratando de llegar a algún lado. Porque esto es lo que me gusta, me encanta, aunque en el medio, como le pasó a Mariela, tenga algunas crisis de "¿por qué?, ¿quién me manda?".

Compañeras en el Instituto Superior de Arte del Colón, y después de haber hecho algunos trabajos juntas en escenarios bastante alejados a lo que puede ser una sala preparada para la lírica (conciertos en la Facultad de Derecho, oratorios en algunas iglesias), éste es el debut de Mariela y Vanesa como cabezas de compañía y con *Madama...* en particular. Mucho estreno junto, digamos, en una sola ocasión.

**V.M.:** –En mí, la expectativa más grande sería el éxito, pero no el éxito por el éxito desde afuera sino el éxito de lograr, después de todo este trabajo, hacer tooodo lo que trabajé. Hacer desde lo vocal, desde lo escénico, todo lo que realmente sé que puedo hacer.

**M.S.:** –Es el deseo de mostrar hasta dónde llegaste con tu preparación.

**V.M.:** –Claro, poder mantener y mostrar ese punto.

**M.S.:** –Y llegar al público, para que disfruten realmente, para que se enganchen con esto.



# casándose con el enemigo

Las versiones aggiornadas de *Cenicienta* no siempre garantizan la dicha perenne de las chicas buenas y trabajadoras (incluso pueden serlo del sexo, tal Julia Roberts en *Mujer bonita*), tirando a proletarias, que se casan con príncipes ricachones y aparentemente democráticos: en *Nunca más*, película norteamericana editada directamente en video, la camarera Jennifer Lopez cae románticamente en los fuertes brazos del acaudalado Billy Campbell, y apenas si llega a degustar las perdices que riman con felices. A poco de parir una linda niñita, el tipo empieza a darle muestras de violencia arbitraria y descontrolada. Sí, él es un golpeador arquetípico y muy pronto J-Lo advierte que ella y su hija están entrampadísimas. El maltrato se agudiza, la mujer intenta largarse, se cambia el nombre y el arreglo, se marcha a otra ciudad... Pero no hay modo: el muy taimado Billy contrata perseguidores que la encuentran. Sin salida legal, J-Lo decide aplicar la ley del talión y reventar contra el piso al castigador, administrándole sobredosis de su propia medicina. Con este fin se entrena duro y parejo en artes marciales (especialidad: krav maga) y se compra un ajuar ad-hoc. Billy, que naturalmente tiene mayor fuerza muscular debido a la testosterona que exuda, pero carece de técnica para sopapear, ya es hombre muerto cuando comienza el match. Porque ella está determinada a suprimirlo, destruirlo, aniquilarlo, remacharlo. Y la película está con ella: guionista y director no piensan que Jen se excede o que el ojo por ojo equipara moralmente a víctima y victimario. Nada de eso: *Nunca más* está dirigida por el impersonal Michael Apted –que tanto te hace un Bond como se interna en la niebla con gorilas– con el evidente objetivo de exaltar la violencia cuando la ejerce la protagonista, justificando su muy premeditado crimen. Al revés por cierto de lo que sucedía con *En la habitación*, con Sissy Spacek y Marisa Tomei, donde la violencia de cualquier signo resultaba siempre trágica.

Con otro enfoque, la pieza teatral *Como si fuera esta noche*, de la joven autora española Gracia Morales, encara esta lacra universal que es la violencia de género. Recordemos que en España –donde el problema se ha vuelto visible los últimos años– alrededor de 70 mujeres murieron el año pasado a manos de sus maridos (actuales o ex), y que en lo que va del 2003 ya suman alrededor de 20 las sacrificadas. Clara y Mercedes se reparten el escenario del Celcit, aunque por momentos una invada el espacio de la otra. Son hija y madre, y tiene la misma edad porque la segunda murió cuando tenía la edad de la primera. La mató su marido –el padre de Clara– hace 18 años, un 25 de julio, después de una discusión con golpes que "llegó más lejos que otras veces", según recuerda la hija, que evoca a la madre e intenta dialogar con ella, hacerle confidencias, reproducir momentos de su infancia, volver a esa última noche de vida de Mercedes y rescatarla de la violencia, de la muerte... Pero apenas se roza el intercambio, el entendimiento entre estas dos mujeres que a menudo parecen hablar idiomas diferentes, y que encuentran en Cora Ferro y Andrea Martínez –bajo la diestra conducción de Carlos Ianni– a dos intérpretes bien templadas.

Como si fuera esta noche *va los viernes y sábados en el Celcit (Bolívar 825) a las 21 y a $ 5.*





# la arpía

**–¿Nunca pensaste en cortarte el pelo?**
–¡Ni loca! ¡Con lo que me costó dejármelo crecer!
**–¿Cuánto hace que lo tenés así de largo?**
–... Cinco, seis años.
**–Claro, tenías... cuarenta.**
–...Sí, ¿por?
**–No, claro.**
–¿Claro qué?
**–No, digo que a los cuarenta...**
–¿Qué?
**–No, que es otra cosa.**
–¿Qué cosa es otra cosa?
**–No, digo, una cosa son los cuarenta y otra los cuarenta y seis.**
–¿Me queda mal? ¿De qué estás hablando? ¿Me queda mal?
**–No, te queda súper, pero ¿viste?**
–¿Viste qué?
**–Viste que vos tenés un cuerpo privilegiado, la verdad, nena, quién te daría cuarenta y seis con ese cuerpito. Mirá tus brazos, pura fibra. Y tus piernas, qué piernas. Y mirá tu cintura, ¿cómo hacés para comer como un buey y tener esa cintura?**
–¿Y entonces?
**–El pelo.**
–¿Me queda mal el pelo largo?
**–No es que te quede mal, pero uno te ve a veinte metros y parecés de veinticuatro. Te vas acercando, y parecés de treinta y dos. Y cuando estás a un metro, la cara, vieja, la cara te vende.**
–¿Me corto el pelo o me hago un lifting?
**–Es más barato cortarse el pelo.**
–Pero a mí el pelo largo me gusta tanto... ¿Así que me hace más vieja, vos decís?
**–No lo digo yo. Lo escuché decir.**
–¿Quién lo dijo? ¿Qué escuchaste?
**–Eso, que tenés un buen lejos pero un cerca...**
–¿Eso dicen? ¡Qué horror! Entonces me corto el pelo.
**–Yo que vos, probaría.**
–Pero la cara me va a quedar igual.
**–Pero por lo menos no vas a despertar tantas expectativas.**
–¿Eso hago? ¿Despierto expectativas?
**–Y, con ese cuerpito, ese pelo y esa cara...**
–¿Tan mal tengo la cara?
**–¡No! ¡Estás bárbara! ¡A tu edad qué pretendés?**